



## Evocación de Lubicz Milosz

Aquella noche nos entregamos de un alimento de paz muy característico a la devoción de Augusto D'Halmar, quien, en el Circulo de la Prensa de Valparaíso, en una inolvidable velada de Octubre, nos brindó las primeras notas y profundas de ese vino sagrado, dulce y eterno que es el verso de Oskar de Lubicz Milosz, el poeta de Lituania, país de infinitas lagunas, de ardientes fantasmas, de las viejas brujas y de las viejas rimas.

Nadie como Lubicz Milosz en su eternidad poética, que como un milagro se acerca desde hace 20 años por sobre el horizonte superior de la gran poesía europea, en especial de esa que corre un ritmo espiritual rítmico, los frentes abiertos que señalan a Francia.

La docena de miembros de la Asociación de Artistas de Valparaíso, reunidos aquella noche en el silencio familiar de las butacas del salón de la Prensa, oyeron a Augusto D'Halmar exaltar con su voz magistral, de gran lecto, las canciones impercederas y nostálgicas de este lirio inmense de Lituania, sin ventura, hijo de la eternidad y exaltador profundo de todo eso que vive y muere y que los mortales llaman maravilloso.

Aquella noche no caparon en corazón indiferentes las lecturas que del libro de Lubicz Milosz transmitía la voz ensordecida y mística de Augusto D'Halmar.

Pero, muchas la poesía de Lubicz Milosz, de tan extensa sugestión, que una verdadera revelación. Ese libro de inmortalidad que se recoge en la obra del lirio se hace más conciso con el tiempo y amarga siempre, transcurriendo a un iniciado en su patetismo mágico, a ese terreno que se muere entre la tierra y el cielo, el sueño y el despertar que palpita entre la vida y la muerte: la eternidad.

Mi único deseo al escribir estas palabras, es hacer un reflejo aunque periférico de la emoción que a todos atravesó fuertemente aquella noche, mientras D'Halmar, como un apóstol salmodiaba el canto de Lubicz. Un canto sobre otros cantos para recoger el grito del poeta de los poetas de estos años.

Inevitable momentos para el corazón, imposible noche, tras esa voz de ternura, piedad y dolor humano que hay en cada verso de Lubicz Milosz. Aun suena en mi oído "canto dirigido a una pobre mujer" como lo explicó D'Halmar, que se titula "Luz de Cielo", y que dice: "Te conozco desde hace ya diez años sobre la tierra suspendida en el silencio. Hija del Destino y es tu pobre mujer la que se me aparece siempre la primera. Olla, pañuelo domesticado por el lavadero".

También sobre este tiempo que me alcanza y persigue, me olvido las imágenes de Lubicz, "ese lejano ruido de tierra", donde "el viento es grato a los muertos". Y ahora, en esta habitación de recuerdo viviente, me sé por qué también exclamo: "Yo no voy probablemente nunca al mar ni las tumbas de Lituania" allá donde los muertos están eternos de lluvia vieja y sucia" y donde "el ruido del destino trueno lejano en el corazón de los letrados pobres de Lituania".

Que embriaguez de todo y ante todo frente a estas voces tan leídas!

Es posible interpretar el regusto del lirio amargo mejor que una sola palabra de evocación: "Heme aquí, heme aquí, querida de otros tiempos! La brujería de tu jardín me ha reconocido! Heme aquí, heme aquí, te he halla de otro tiempo—tan dulce que ya no me me acuerdo. Hé aquí mi regreso, oh mi grande amiga" a la claridad de las

limpuras de hace mucho tiempo, pensabas sin duda en mi gran viaje".

Después salieron a otro mundo, allí donde nació, vivió y amó la "Reina Karomama", cuyo nombre olvidado canta como un coro de quercus. Ah, esa Reina Karomama, "cultura delicada de picaras deambando leyes, de mores tan débiles", "que bobia algo rojo y comía algo blanco como los justos", según dice el poeta.

Aún suena esa evocación en mí. Todo este último tiempo he pensado el destino de esa lejana Reina Karomama que cantaba "la vieja historia de los pobres muertos que se unían a esas veladas de cosas prohibidas", y que cantaba las algaras y soñaba con lutos de crepusculares y perfunctos. Llegados de muy lejos, de las ultramarinas color de siempre y de lejos... y cuyo tiempo fue encerrado en un letargo grisáceo y suave de madera de ucedu". Lubicz Milosz es el único poeta destinado a salmodiar esta sublime evocación, pues lleva el premio de su alma "vieja como el canto del mar y solitario como una estrella en el desierto". Alas mágicas, en forma de jarras y de antaño escalando este camino tan amplio y tan estrecho que es la vida.

Y qué decir de la lectura de la "Sonata de Septiembre" y de la "Sonata inconclusa". Dice en la primera: "Que séis bien verida, soledad madre mía". Después confiesa que "la poca vestida de tiempo, la isla lea en medio del mar, por montañas amables" y se lamenta "sobre las violetas de la lojania como los anjales".

Allí donde habéis creído nuestro nombre de niño sobre los montes", dice recordando de súbito la infancia, su infancia, la de todos. Después continúa en la "Sonata inconclusa".

762006

Evocación de Lubicz Milosz [artículo] Genaro Winet.

**AUTORÍA**

Winet, Genaro

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1935

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Evocación de Lubicz Milosz [artículo] Genaro Winet.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile